

Discurso del Prof. Dr. D. Gregorio Salvador Caja

Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá

24 de noviembre de 2011.

Leo, en el repostero con el escudo de la Universidad que cuelga sobre el estrado, la siguiente inscripción latina: Compluti Urbis Universitas, Universidad de la ciudad de Compluto, esta viejísima y renacida universidad que me ha otorgado el impagable honor de darme asiento en su claustro de doctores. Vaya por delante mi emocionada gratitud, que es lo único que puedo ofrecer a cambio.

Hace hoy, exactamente, cincuenta y ocho años y un mes -24 de octubre de 1953- de la lectura de mi tesis doctoral y la consiguiente concesión del título de doctor, digamos laboris causa, en la entonces llamada Universidad Central, la de Madrid, que era por aquellas fechas la única en España autorizada a dispensar ese grado universitario, prerrogativa que aún perduró dos o tres años más. Ampliada esa facultad a las demás universidades existentes en la nación y creada alguna otra en Madrid, lo de central empezó a sonar desajustado y hubo que cambiarle el apellido a mi Universidad madrileña, de la que vine luego a ocupar una cátedra cuando ya se había dado en llamar Universidad Complutense, por haber sido históricamente, desde mediados del siglo XIX, la heredera de la antigua y famosa Universidad de Alcalá, en la que ahora estamos de nuevo. Yo he tenido que decir bastantes veces en mi vida, cuando se me ha preguntado, que era doctor por la Universidad Complutense. Creo que, en adelante, lo podré decir con mayor seguridad, más verazmente.

En este tramo final de la vida, los recuerdos y las emociones ayudan a vivir. Mañana, veinticinco de noviembre, hace justamente diecinueve años de mi primer doctorado honoris causa, el de la Universidad de La Laguna, donde yo enseñé durante nueve años, después de ganar mi primera cátedra, la de Gramática histórica de la lengua española de aquella universidad, cuando las oposiciones se ganaban -ese era el verbo, y aun podría perfilarse con algunos adverbios, competida y duramente-. Ahora se oye simplemente aprobar. Perdónenme esta disquisición lingüístico-semántica, esta recaída en el oficio, pero ha sido seguramente el oficio, la disposición docente, la capacidad de transmitir mis entusiasmos y suscitar las necesarias dudas, lo que ha podido dar lugar a la generosidad de los juicios de mi gentil presentadora, la Dra. María Ángeles Álvarez, que de aquellos años de La Laguna procede, y lo que ha movido igualmente a otros discípulos, a otros compañeros y amigos radicados en esta casa a mostrar su liberalidad para conmigo aceptando y apoyando la propuesta que me ha traído a este momento inolvidable.

Ser reconocido doctor en esta Universidad, recibir hoy tal honor en este recinto, en este ámbito histórico tan cuajado de recuerdos, es algo tan hermoso que casi me resulta inverosímil. Como este paraninfo fue escogido en su día para celebrar la gran fiesta del idioma, la entrega, cada año, del Premio Cervantes al escritor que lo haya obtenido, y yo he sido asiduo asistente a ese acto en el último cuarto de siglo, aún resuenan en mis oídos las voces de los más preclaros cultivadores de nuestra lengua. He escuchado tantos discursos admirables pronunciados desde este mismo lugar, tantas ideas brillantes y tan acertadas consideraciones y, por supuesto, tanta maestría literaria en la elección y engranaje de las palabras que las expresaban, que se me hace un nudo en la garganta al querer yo ahora encontrar las precisas y encadenarlas bien para mostrar la hondura de mis sentimientos y la dimensión de mi gratitud y hallo solo, en la búsqueda, una frase manida, que por lo demás es falsa: “no hay palabras para expresarlo”. Pero sí, sí que las hay, palabras hay para todo y señalarlas, definir las y poner de relieve su aparición en los textos, analizando sus conexiones, ha constituido, en buena parte, la ocupación de mi vida, mi función de

filólogo. Las palabras que usamos, las palabras que oímos, la lengua española, que ha sido siempre mi trabajo y mi solaz, mi inquietud y mi descanso. Es, creo, lo más inmediato que se pueda apuntar en mi haber y acaso lo que justifica que yo me halle aquí en este momento. La Universidad de Alcalá ha estado siempre atenta al conocimiento lingüístico y al pensamiento y quehacer de sus maestros. Siempre: la vieja y la renacida. En sus primeros años, en los albores del siglo XVI, su fundador, el cardenal Cisneros, arbitró una cátedra para acoger a Elio Antonio de Nebrija, creador de lo que vendría a ser la lingüística de nuestra lengua y los criterios de su normalización, publicando desde sus saberes latinos y su excelencia de humanista la primera Gramática castellana y el primer diccionario bilingüe, que presentaba por orden su léxico, explicándolo en latín, porque el maestro Nebrija había tenido sus más y sus menos con sus colegas salmantinos y abandonaba, de resultas, aquella ilustre universidad. Y el cardenal le dio cobijo en la suya no para que desarrollara una materia concreta, sino “para que leyese lo que él quisiese y si no quisiese leer que no leyese”, con insólita magnificencia, con absoluta confianza y admirable seguridad en los frutos que pudieran obtenerse de su sabiduría y no ya por lo que pudiera hacer sino por lo que ya había hecho, “por todo lo que le debía España”. Pienso que Cisneros no solo rescataba así, para su universidad, al viejo humanista sino que daba forma a la figura del emérito, el que concluidos los plazos señalados aún tiene cosas que decir y que enseñar. Muchos años duró todavía Nebrija en esta casa, activo e irreductible, y aquí alumbró la primera Ortografía de nuestra lengua.

Recuperados la tradición y los espacios en esta nueva y ya pujante Universidad de Alcalá, no se ha perdido la conciencia de su especial vinculación con el idioma y son varios los lingüistas que ha incorporado, de un modo u otro, total o parcialmente, a su claustro de doctores, entre ellos mi maestro Manuel Alvar, y con decir mi maestro lo digo todo. Lo perdimos demasiado pronto, pero su recuerdo nos acompaña, su inabarcable obra ahí está y es su más soberbio legado.

Nebrija, Alvar... y tantos amigos próximos, presentes, tanta emoción concentrada, tanta íntima alegría, comprenderán ustedes que ahora ya si se me vaya apretando, ineludiblemente, el nudo en la garganta y ya solo acierte a decirles, a la Universidad de Alcalá, a su Rector magnífico, a mi doctora madrina, a todos sus docentes y sus discentes y a quienes en este momento me acompañan y me escuchan, las dos palabras de rigor: Muchas gracias.